

—Sí, pero es el caso que el conde dará al hijo de Marguerón la colocación que desea, y usted no puede hacer eso—dijo el posadero.

—No; pero si el conde tiene ministros á su servicio, yo tengo al rey Luis XVIII—dijo el padre Leger al oído del posadero;—y dándole cuarenta mil retratos de este rey al bueno de Moreau, podré comprar los Moulineax en ciento sesenta mil francos contantes, primero que el señor de Serisy, que se dará por muy contento comprando la quinta por trescientos sesenta mil francos, so pena de ver que se adjudica en pequeños lotes.

—No está mal eso, amigo—exclamó el posadero.

—¿Está ó no bien trabajado?—dijo el padre Leger.

—Ante esa perspectiva, ya lo creo que vale ese dinero—contestó el posadero.

—Los Moulineaux dan hoy, limpios, seis mil francos de renta, y yo renovaré el arriendo por diez y ocho años á razón de siete mil quinientos francos anuales. De este modo darán el dos y medio por ciento y el señor conde no perderá nada. Para no perjudicar al señor Moreau, éste me propondrá al conde para cortijero, fingirá interesarse por los bienes de su amo sacándole casi un tres por ciento á la quinta y un arrendador que pagará bien.

—Y ¿cuánto sacará de todo esto el señor de Moreau?

—¡Diantre! si el conde le da diez mil francos, sacará en este negocio sesenta mil francos, pero los habrá ganado bien.

—Después de todo, el conde es muy rico y se ocupa poco de Presles—dijo el posadero.—Yo no le he visto nunca.

—Ni yo tampoco—dijo el padre Leger.—Pero acabará por ir á habitar allí, porque si así no fuera no se gastaría doscientos mil francos en restaurar su interior. Es un palacio tan hermoso como el del rey.

—Ha hecho bien Moreau en hacer su agosto—profirió el posadero.

—Sí, porque una vez que los amos estén allí—dijo Leger—no han de preguntarle si tiene lo suficiente para cubrir sus necesidades.

El conde no perdió ni una palabra de esta conversación sostenida en voz baja.

—Pues ya tengo aquí las pruebas que iba á buscar allá—pensó el conde al mismo tiempo que el grueso cortijero entraba en la cocina.

Pero le repugnaba tanto el creer que su administrador fuese capaz de tomar parte en semejante conspiración, que el señor de Serisy se dijo:

—Acaso no sea esto más que un plan; es fácil que Moreau no haya aceptado nada aún.

Pierrotín fué á dar de beber á sus caballos. El conde creyó que el conductor iba á almorzar con el posadero y con el cortijero, y lo que acababa de oír le hizo temer que el conductor pudiese cometer alguna indiscreción.

—Toda esta gente se pone de acuerdo contra nosotros y es una verdadera casualidad el poder descubrir sus planes—pensó el conde.—Pierrotín—dijo después en voz baja aproximándose al cochero,—te he prometido diez luises si guardabas un secreto; pero si quieres continuar ocultando mi nombre (y yo sabré si lo has pronunciado ó si has hecho la señal más insignificante para que nadie pueda ni aquí, ni en Isle-Adam saber mi llegada), mañana por la mañana te entregaré los mil francos que te faltan para acabar de pagar tu nuevo coche. De modo que, para mayor seguridad—repuso el conde poniendo la mano sobre el hombro de Pierrotín que se había puesto pálido de alegría,—no almuerces y quédate cuidando los caballos.

—Señor conde, ya comprendo, no tenga Su Excelencia cuidado, ¿os referís al padre Leger?

—Me refiero á todo el mundo—replicó el conde.

—Repito que no tengáis cuidado... Dense ustedes prisa—dijo Pierrotín entreabriendo la puerta de la cocina—porque vamos con retraso. Escuche usted, padre Leger, ya sabe usted que hay que subir la cuesta. Yo no tengo gana de almorzar, iré muy despacio y ustedes podrán alcanzarme á pie, y al mismo tiempo darán un paseito, que no les vendrá mal para hacer la digestión.

—¿Está enfadado Pierrotín?—dijo el posadero.—¡Eh! ¡Pierrotín! ¿no quieres almorzar con nosotros? El coronel paga vino de á diez reales y una botella de Champagne.

—No puedo. Llevo unas banastas de pescado para una gran comida que ha de celebrarse en Stors, y es preciso cumplir bien los encargos de los parroquianos.

—Oye—dijo el padre Leger al posadero;—podrías enganchar á tu cabriolé ese caballo que quieres venderme, y de esta manera, al mismo tiempo que alcanzamos á Pierrotín, almorzaremos en paz y yo podré juzgar á tu caballo. Me parece que bien cogeremos tres en tu tartana.

Con gran asombro del conde, Pierrotín volvió para enganchar el mismo los caballos. Schinner y Mistigris habían marchado delante. Apenas Pierrotín, que alcanzó á los dos artistas en la mitad del camino de Saint-Brice á Poncelles, llegaba á una eminencia de la carretera desde donde se ve Ecouen, el campanario de Mesnil y los bosques que forman un paisaje encantador, cuando el galope de un caballo que arrastraba á un cabriolé anunció al padre Leger y al ayudante de Mina que volvieron á ocupar sus puestos en el coche de Pierrotín. Cuando éste llegaba á lo alto del camino para bajar á Moisselles, Jorge, que había cesado de hablar con el padre Leger de la belleza de la posadera de Saint-Brice, exclamó:

—Hombre, gran pintor, no es malo el paisaje ¿verdad?

—¡Bah! á usted que ha visto el Oriente y España, no debe asombrarle.

—Y que aun me quedan dos cigarros de allí. Si esto no molesta á nadie, podrá usted ayudarme á acabarlos, Schinner, porque el jovencito este ha tenido bastante con algunas chupadas.

El padre Leger y el conde guardaron un silencio que fué considerado como una aprobación, y los dos habladores les imitaron.

Mientras que los dos jóvenes encendían los cigarros, Oscar, irritado porque le habían llamado jovencillo, dijo:

—Caballero, si yo no he sido ayudante de Mina y no he ido á Oriente, aun puedo ir. La carrera á que me destina mi familia, espero que me proporcionará medios de evitar el tener que viajar en diligencia cuando sea de la edad de usted. Una vez que haya adquirido una posición, creo que sabré conservarla.

—*Etcétera, puntum*—dijo Mistigris imitando la voz de gallo constipado de Oscar, que contribuía á que su discurso fuese aún más ridículo, pues el pobre estaba en ese período de la vida en que la barba empieza á brotar y en que la voz no ha tomado aún su carácter.

—Á decir verdad—dijo Schinner,—si continuamos así, me parece que los caballos no podrán con la carga.

—Joven, ¿á qué carrera piensa dedicarle á usted su familia?—dijo Jorge con seriedad.

—Á la diplomacia—respondió Oscar.

Sendas carcajadas salieron de la boca de Mistigris, del gran

pintor y del padre Leger. El conde no pudo menos de sonreírse. Jorge conservó su seriedad.

—Por Álha que no veo motivo para reír—dijo el coronel á los burlones.—Únicamente que me parece, joven, que su respetable madre de usted ocupa ahora una posición social poco conveniente para embajadora—continuó dirigiéndose á Oscar;—la pobre llevaba un cabás digno de lástima y los zapatos remendados.

—¿Mi madre, caballero?—dijo Oscar con un movimiento de indignación—¿si era la criada de nuestra casa!

—Ese *de nuestra* es muy aristocrático—exclamó el conde interrumpiendo á Oscar.

—El rey dice *nuestro*—replicó Oscar con orgullo.

Una mirada de Jorge reprimió las ganas de reír que dió á todo el mundo; de este modo hizo comprender al pintor y á Mistigris la necesidad de engañar á Oscar para reírse á su costa.

—El señor tiene razón—dijo el gran pintor al conde, señalándole á Oscar.—La gente distinguida dice siempre *nos* ó *nuestro*, y sólo la gente de poco más ó menos se permite decir *mío*. Siempre se tiene la manía de parecer lo que uno no es. Para ser un hombre cargado de condecoraciones...

—Pero ¿sigue siendo el señor decorador?—dijo Mistigris.

—Usted no conoce el lenguaje de la corte—dijo Schinner al conde.—Yo os pido protección, Excelencia—añadió dirigiéndose á Oscar.

—Me felicito de haber viajado con tres hombres que son ó han de ser célebres: un pintor ilustre ya—dijo el conde,—un futuro general y un futuro diplomático que, sin duda, devolverá Bélgica á Francia.

Después de haber cometido el odioso crimen de renegar de su madre, Oscar, rabioso al ver las burlas de sus compañeros de viaje, resolvió vencer á toda costa su incredulidad.

—No todo lo que reluce es oro—dijo lanzando rayos por los ojos.

—No se dice así—repuso Mistigris.—Se dice: *no todo el que reluce es oro*. Si no posee usted mejor nuestros proverbios, no irá usted lejos en diplomacia.

—Si no conozco los proverbios, sé siempre el camino que debo seguir para ventilar mis asuntos.

—Pues debe usted de ir muy lejos—dijo Jorge,—porque la criada de su casa de usted le ha traído provisiones como

si fuera usted á hacer un viaje al otro mundo: bizcochos, chocolate...

—Sí, caballero, un panecillo y chocolate porque mi estómago es demasiado delicado para digerir los guisotes de posada.

—Hombre, ¡no es para tanto!—repuso Jorge.

—¡Ah! ¡me ha gustado esa palabrita *guisote!*—exclamó el gran pintor.

—Esta palabra se usa en los más brillantes salones—repuso Mistigris.—Yo la empleo siempre en la taberna de la Gallina Negra.

—Su preceptor de usted debe ser sin duda algún profesor célebre como el señor Andrieux de la Academia francesa ó el señor Royer-Collard—dijo Schinner.

—Mi preceptor es el abate Loraux, vicario hoy de San Sulpicio—repuso Oscar recordando el nombre del confesor del colegio.

—Ha hecho usted bien en buscarse un profesor particular—dijo Mistigris,—porque, según he oído decir, en la Universidad se aprenden muchas pillerías. Pero ya tendrá usted ocasión de recompensar á su abad.

—¡Oh! seguramente que llegará á ser un día obispo—contestó Oscar.

—Por el crédito de vuestra familia—repuso seriamente Jorge.

—Acaso contribuiremos á que le hagan justicia, porque el abate Frayssinous viene á casa con mucha frecuencia.

—¡Ah! ¿conoce usted al abate Frayssinous?—dijo el conde.

—Sí, le debe muchos favores á mi padre—respondió Oscar.

—Y ¿va usted acaso á sus posesiones?—preguntó Jorge.

—No, caballero; pero puedo decirle á usted adonde voy: voy al palacio de Presles, á casa del conde de Serisy.

—¡Ah! ¡diantre! ¿va usted á Presles?—exclamó Schinner poniéndose rojo como una cereza.

—¿Conoce usted á Su Señoría el conde de Serisy?—le preguntó Jorge.

El padre Leger se volvió para ver á Oscar, y, mirándole con aire estupefacto, exclamó:

—¡Cómo! pero ¿está ya el conde de Serisy en Presles?

—Cuando yo voy allí, ya debe usted imaginarse que sí—respondió Oscar.

—Y ¿ha visto usted muchas veces al conde?—preguntó el señor de Serisy á Oscar.

—Como le estoy viendo á usted—respondió Oscar.—Soy muy amigo de su hijo, que tiene próximamente mi edad, diez y nueve años, y casi todos los días montamos á caballo juntos.

—*Reyes se han visto casados con pastoras*—repuso sentenciosamente Mistigris.

Un guiño de ojos de Pierrotín al padre Leger tranquilizó por completo al cortijero.

—¡Hombre!—dijo el conde á Oscar—no puede usted imaginarse cuánto me alegra encontrarme con una persona que pueda hablarme de ese personaje, pues necesito de su protección en un asunto muy grave y que á él le costaría muy poco de hacer: se trata de una reclamación al gobierno americano. Agradecería á usted que me diese informes acerca del carácter del señor de Serisy.

—¡Oh! si quiere usted lograr algo de él—contestó Oscar dándose importancia,—no se dirija usted á él, sino á su mujer; está locamente enamorado de ella, yo lo sé con certeza, como sé también que su mujer no puede verle.

—Y ¿por qué? preguntó Jorge.

—El conde tiene una enfermedad de la piel sumamente asquerosa, enfermedad que el doctor Alibert se esfuerza en vano en curar. El señor de Serisy daría la mitad de su fortuna por tener un pecho como el mío—dijo Oscar abriendo la camisa y mostrando una carne de niño.—Vive solo y retirado en su palacio; así es que es necesario tener mucha influencia para poder verle. Se levanta muy temprano, trabaja desde las tres de la tarde hasta las ocho, y, desde esta hora, se dedica á hacer los remedios: baños de azufre ó de vapor que le preparan en grandes marmitas de hierro y con los que él confía curar.

—Si está tan á bien con el rey, ¿por qué no hace que éste le toque?—preguntó Jorge.

—¿De modo que esa mujer tiene todas las noches un marido pasado por agua?—dijo Mistigris.

—El conde acaba de ofrecer treinta mil francos á un célebre médico escocés que le está tratando en este momento—repuso Oscar continuando.

—Si eso es así, no haría mal esa mujer en buscarse otro...—dijo Schinner, que no acabó la frase.

—Ya lo creo—contestó Oscar—el pobre hombre está tan viejo y tan acabado, que le echarían ustedes ochenta años. El pobre viejo está seco como un pergamino y, para mayor desgracia, comprende su posición.

—Entonces no debe de oler muy bien—dijo el padre Leger.

—Mire usted, adora á su mujer y no se atreve á reñirla—repuso Oscar;—pasan entre ellos escenas que le hacen á uno morir de risa, cosas análogas á las que le ocurren á Arnolfo en la comedia de Moliere...

Aterrado el conde, miraba á Pierrotín, el cual, al ver á aquél impasible, se imaginó que el hijo de la señora Clapart estaba diciendo mentiras.

—Así es que si quiere usted lograr su objeto—dijo Oscar al conde,—vaya usted á ver al marqués de Aiglemont. Si usted logra poner de su parte á este adorador de la señora, habrá usted conquistado de un golpe á la mujer y al marido.

—Eso es lo que nosotros llamamos *matar dos pájaros de un tiro*—contestó Mistigris.

—Pero para haber visto al conde desnudo, es preciso que usted sea su ayuda de cámara—repuso el pintor.

—¡Su ayuda de cámara!—exclamó Oscar.

—¡Diantre! no deben decirse esas cosas de los amigos en los coches públicos—repuso Mistigris.—La prudencia, joven, es madre de la seguridad; y, por lo tanto, yo ni siquiera le escucho á usted.

—Aquí viene al pelo el decir aquello de *dime con quien andas y te diré á quien odias*—exclamó Schinner.

—Sepa usted, gran pintor—replicó Jorge sentenciosamente—que no se debe hablar de la gente á quien no se conoce, y este joven acaba de probarnos que conoce perfectamente al conde de Serisy. Si nos hubiese hablado únicamente de la señora, se hubiera podido creer que él se entendía con...

—Jóvenes, ni una palabra más sobre la condesa de Serisy—exclamó el conde.—Soy amigo de su hermano, el marqués de Ronquerolles, y el que se atreva á poner en duda el honor de la condesa, tendrá que responderme de sus palabras.

—Este caballero tiene razón—dijo el pintor.—Nunca se debe dudar de las mujeres.

—¡Dios, el Honor y las Damas! yo he visto ese melodrama—repuso Mistigris.

—Si yo no conozco á Mina, conozco al ministro de Justicia

—dijo el conde continuando y mirando á Jorge,—si no llevo mis condecoraciones—añadió mirando al pintor,—puedo impedir que se le den á aquéllos que no las merecen. Finalmente, conozco tanta gente, que trato personalmente al señor Grindot, arquitecto de Presles... Pare usted, Pierrotín, que quiero bajar un momento.

Pierrotín dirigió los caballos hacia el extremo de la aldea de Moisselles, donde hay una posada en la que los viajeros acostumbran á detenerse. Este trozo de camino se hizo en medio de un profundo silencio.

—¿Adónde va ese estúpido?—preguntó el conde á Pierrotín tomándole del brazo y conduciéndolo hacia el patio de la posada.

—A casa de su administrador de usted. Es hijo de una pobre señora que vive en la calle de la Cerisaye, señora á quien acostumbro á llevarle muchas veces frutas, caza y aves, una tal señora Hussón.

—¿Quién es ese señor?—fué á decir á Pierrotín el padre Leger tan pronto como el conde se alejó.

—Hombre, no lo sé—respondió Pierrotín,—es la primera vez que le llevo en el coche; pero es fácil que sea el príncipe dueño del castillo de Maffliers; acaba de decirme que lo deje en el camino, porque no va á Isle Adam.

—Pierrotín cree que es el dueño de Maffliers—dijo á Jorge el padre Leger al entrar en el coche.

En este momento, los tres jóvenes, asustados como ladrones cogidos en flagrante delito no se atrevían á mirarse, y parecían preocupados por las consecuencias que pudieran tener sus mentiras.

—Aquí sí que se puede decir que *es más el ruido que las nueces*—repuso Mistigris.

—Ya ven ustedes que conozco al conde—dijo Oscar.

—Es posible, pero usted no será nunca embajador—respondió Jorge.—Cuando se quiere hablar en un coche, se debe hacer como yo, hablar sin decir mal de nadie.

—*En boca cerrada no entran moscas*—dijo Mistigris en forma de conclusión.

El conde volvió á ocupar su asiento, y Pierrotín rompió la marcha en medio de un profundo silencio.

—¡Caramba, amigos míos! vamos todos mudos como si nos llevaran al patíbulo—exclamó el conde cuando llegaban al bosque Carreau.

—Hay que saber callarse á tiempo—respondió sentenciosamente Mistigris.

—Está el día muy hermoso—dijo Jorge.

—¿Qué pueblo es éste?—preguntó Oscar señalando el palacio de Francoville, que ofrecía un magnífico espectáculo en medio del bosque de Saint-Martin.

—¡Cómo!—exclamó el conde—¿dice usted que ha estado con tanta frecuencia en Presles y no conoce Francoville?

—El señor—dijo Mistigris—conoce los hombres, pero no los palacios.

—Por otra parte, á un aprendiz diplomático bien se le pueden permitir algunas distracciones—exclamó Jorge.

—Acuérdense ustedes de mi nombre—respondió Oscar furioso.—Me llamo Oscar Hussón, y dentro de diez años seré célebre.

Después de estas palabras, pronunciadas con fanfarronería, Oscar se acurrucó en su asiento.

—¿Hussón de qué?—preguntó Mistigris.

—Una gran familia—respondió el conde,—los Hussón de la Cerisaye; el señor ha nacido en los escalones del trono imperial.

Oscar se puso rojo como la grana y se apoderó de él una terrible inquietud. Ya iban á bajar la rápida cuesta de la *Cave*, á cuyo final se encuentra en un estrecho valle, al extremo del gran bosque de Saint-Martin, el magnífico palacio de Presles.

—Señores—dijo el conde,—deseo á ustedes buena suerte en sus respectivas y hermosas carreras. Señor coronel, reconciliése con el rey de Francia; los Czerny-Jorges deben llevarse bien con los Borbones. A usted, señor Schinner, no tengo nada que pronosticarle; usted ha conseguido ya la gloria por medio de nobles trabajos; pero es usted temible de tal modo, que yo, que soy casado, no me atrevería á ofrecerle hospitalidad. Respecto al señor Hussón, no necesita protección ni amparo de nadie, porque posee los secretos de los hombres de Estado y puede hacerles temblar. A usted, señor Leger, que piensa en desplumar al conde de Serisy, le recomiendo que vaya con cautela. Pare usted aquí, Pierrotín, y mañana cuente usted con mi asiento—añadió el conde, que bajó y se internó en un caminito sombrío, dejando sumidos á sus compañeros de viaje en terrible confusión.

—¡Y vaya un paso que lleva!—exclamó Mistigris viendo la

presteza con que el viajero se perdió en el caminito.

—¡Oh! es ese conde que ha alquilado Francoville, porque veo que va hacia allí—dijo el padre Leger.

—¡Si alguna vez en mi vida vuelvo á charlar con nadie en coche, me bato en duelo conmigo mismo!—exclamó el falso Schinner.—Tú también tienes la culpa, Mistigris—añadió dándole un pescozón.

—¡Oh! ¡pero si yo no he hecho más que seguirle á Venecia!—dijo Mistigris.—Pero ya se sabe, *el último mono es siempre el que se ahoga*..

—Sepa usted—dijo Jorge á Oscar,—que si por casualidad fuese ese señor el conde de Serisy, no quisiera estar en su piel de usted, á pesar de no tener enfermedades.

Oscar, pensando entonces en las recomendaciones que le había hecho su madre, se puso lívido y se le pasó la borra-  
chera.

—Señores, ya hemos llegado—añadió Pierrotín deteniéndose ante una hermosa reja.

—¡Cómo! ¿hemos llegado ya?—exclamaron á la vez Jorge, el pintor y Oscar.

—Esta sí que es buena—dijo Pierrotín.—¿De modo que ninguno de ustedes había estado nunca aquí? Pues éste es el palacio de Presles.

—Está bien, amigo—repuso Jorge tomando su carpeta.—Yo voy á la quinta de los Moulineaux—añadió para que sus compañeros de viaje no supiesen que iba al palacio de Presles.

—¡Hombre! ¿va usted á mi casa?—exclamó el padre Leger.

—¿Cómo á su casa?

—Sí, hombre, sí, soy el cortijero de los Moulineaux. Vamos á ver, ¿qué me quiere usted, coronel?

—Quiero probar su manteca—respondió Jorge.

—Pierrotín—dijo Oscar,—lléveme usted el equipaje á casa del administrador; yo me voy directamente al palacio.

Y, dicho esto, Oscar se encaminó por un estrecho caminito sin saber adónde iba.

—¡Eh, señor embajador!—gritó el padre Leger—por ahí irá usted al bosque. Si quiere ir al palacio, entre usted por esa puertecita.

Siguiendo Oscar los consejos que le daban, fué á dar al gran patio del palacio situado en medio de un bosque formado por seculares encinas. Mientras que el padre Leger

veía que Oscar seguía sus consejos, Jorge, que al saber que aquél era el cortijero de los Moulineaux había quedado petrificado, se aprovechó de este momento para escaparse; de modo que cuando el grueso cortijero quiso buscar al coronel, éste había desaparecido. Respondiendo á las llamadas de Pierrotín, la gran reja se abrió y el cobero entró arrogantemente para depositar en la habitación del portero los mil utensilios del gran pintor Schinner. Oscar quedó aturdido al ver que Mistigris y el artista, testigos de su charlatanería, eran instalados en el palacio. En diez minutos Pierrotín acabó de descargar los paquetes del pintor, los de Oscar y la bonita maleta de cuero que confió misteriosamente á la mujer del conserje; después se volvió hacia el coche haciendo sonar su látigo, y tomó el camino del bosque de Isle-Adam en aquella actitud picaresca propia del aldeano que calcula. Nada faltaba á su dicha, al día siguiente iba á tener los mil francos que necesitaba.

Oscar, bastante corrido, daba vueltas por el patio echando cálculos sobre la causa que podía motivar la presencia en el castillo de los dos compañeros de viaje; cuando de pronto vió aparecer al señor Moreau en lo más elevado de la escalinata exterior. El administrador, vestido con una gran levita azul que casi le llegaba á los talones, con un pantalón de piel amarilla y grandes botas de montar, llevaba un látigo en la mano.

—Y bien, hijo mío, ¿ya estás aquí? ¿Cómo está tu querida mamá?—preguntó dándole la mano á Oscar.—Buenos días, señores, supongo que ustedes serán los pintores que me anunciaba el señor Grindot?—dijo al pintor y á Mistigris.

Y acto continuo, silbó valiéndose del silbato que había en el extremo del látigo y el conserje apareció.

—Lleve usted á esos señores á los cuartos 14 y 15. La señora le dará las llaves. Acompáñeles usted para enseñarles el camino; encienda la estufa si ellos lo creen necesario, y súbales sus efectos á las habitaciones. Señores, tengo orden del señor conde para poder ofrecerles mi mesa, comemos á las cinco como en París. Si son ustedes aficionados á la caza, podrán divertirse, pues tengo permiso para cazar en una extensión de doce mil fanegas, sin contar las posesiones.

Oscar, el pintor y Mistigris, tan avergonzados los unos como el otro, cambiaron una mirada; pero Mistigris, consecuente siempre con su conducta, exclamó:

—¡Bah! ¡a lo hecho pecho! ¡adelante!

Oscar siguió al administrador, el cual lo llevó con rápido paso hacia el parque.

—Jacobó—le dijo á uno de sus hijos,—vete á decirle á tu madre que ha llegado el pequeño Hussón, y que yo tengo que ir un momento á los Moulineaux.

El administrador, hombre de estatura mediana, moreno y de unos cincuenta años de edad, parecía ser muy severo. Su rostro bilioso, en el que la vida del campo había impreso colores violentos, hacía suponer en él, á primera vista, un carácter distinto del que tenía. Sus ojos azules y su narizota de pico de cuervo le daban un aspecto tanto más siniestro cuanto que sus ojos estaban demasiado próximos á la nariz; pero en sus anchos labios, en el contorno de su rostro y en su simpática presencia, hubiera podido ver un observador todos los indicios de un carácter bondadoso. Lleno de decisión é impetuoso á la par, el administrador imponía enormemente á Oscar por efecto de la seguridad que éste tenía de su cariño. Acostumbrado por su madre á agrandar siempre las acciones del señor Moreau, Oscar se sentía pequeño en su presencia; pero, al hallarse en Presles, sintió cierta inquietud, algo así como si esperase algún mal de aquel paternal amigo, su único protector.

—¿Qué es eso, Oscar? ¿parece que no estás contento aquí?—le preguntó el administrador.—Sin embargo, ya verás como vas á divertirte; aprenderás á montar á caballo, á tirar á pistola y á cazar.

—Yo no entiendo nada de todo eso—dijo estúpidamente Oscar.

—Para eso te he hecho venir, para que lo aprendas.

—Mamá me ha dicho que no esté más de quince días, porque acaso no le agrada mi presencia á la señora Moreau.

—¡Oh! eso ya lo veremos—respondió Moreau herido casi de que Oscar pudiese poner en duda su poder conyugal.

En este momento, el hijo menor de Moreau, joven de quince años, desenvuelto y ágil, se presentó.

—Oye—le dijo su padre,—acompaña á este amigo al lado de tu madre.

Y el administrador se fué con paso acelerado y por el camino más corto á la casa del guarda, situada entre el parque y el bosque.

El pabellón que el conde había dado como habitación á su

administrador, había sido construído algunos años antes de la Revolución por el arrendatario de la célebre tierra de Cassan, en donde Bergeret, cortijero general, y que tan célebre se hizo por su inmensa fortuna y por su lujo, hizo jardines, arroyos, construyó cartujas, pabellones chinos y otras magnificencias ruinosas ya.

Este pabellón, situado en medio de un gran jardín separado por una pared del patio del palacio de Presles, tenía antes la entrada por la calle Mayor de la aldea. Después de haber comprado esta propiedad, el señor de Serisy, padre, no tuvo más que derribar esta pared y condenar la puerta de la aldea para unir el pabellón con las demás dependencias del palacio. Derribando otra pared, agrandó el parque con todos los jardines que poseía el antiguo arrendatario. Este pabellón, construído con piedra de talle al estilo del siglo de Luis XV, se compone de un piso bajo que tiene un hermoso salón que comunica con una alcoba, y un comedor con sala de billar. Estas dos habitaciones paralelas están separadas por una escalera, ante la cual una especie de peristilo, que sirve de antesala, tiene por adorno la puerta del salón y la del comedor, una enfrente de la otra y ambas muy decoradas. La cocina se encuentra debajo del comedor, pues para llegar al pabellón es necesario subir una escalinata de diez tramos.

Trasladando su habitación al primer piso, la señora Moreau transformó el antiguo dormitorio en gabinete. El salón y este gabinete, ricamente amueblado con hermosas cosas escogidas del mobiliario del palacio, ciertamente que hubiesen bastado para adornar la habitación de una mujer á la moda. Tapizado con damasco azul y blanco, que había servido en otro tiempo para adorno de un lecho de honor, este salón, cuyos muebles de madera dorada estaban tapizados con el mismo tejido, ofrecía á la mirada cortinas y cortinajes forrados con tafetán blanco. Multitud de cuadros, espejos, algunos bonitos muebles modernos y hermosas lámparas, á más de una antigua araña de cristal tallado, daban á esta pieza un aspecto grandioso. El gabinete, completamente nuevo y del gusto de la señora Moreau, afectaba la forma de una tienda, con sus cables de seda azul en un fondo gris. El clásico diván se encontraba allí también con sus almohadones y cojines. Finalmente, las jardineras cuidadas por el jardinero en jefe, regocijaban la mirada con sus pirámides de flores. El comedor y la sala de billar estaban amueblados con

muebles de caoba. Alrededor del pabellón, la mujer del administrador había mandado hacer un parterre cuidadosamente cultivado que se unía al gran parque. Grandes esferas de árboles exóticos lo separaban del palacio. Para facilitar la entrada en su casa á las personas que iban á verla, la administradora había reemplazado por una reja la antigua puerta condenada.

Los Moreau disimulaban, pues, admirablemente su estado de dependencia; y parecían tanto más gente rica que administraba por gusto la posesión de un amigo, por cuanto que ni el conde ni la condesa iban nunca á humillar su situación ni á hollar sus pretensiones; por otra parte, las concesiones que les había hecho el conde de Serisy les permitía gozar de la abundancia y del lujo campestre. La leche, los huevos, la volatería, la caza, los frutos, el forrage, las flores, la leña, las legumbres, todo esto lo tenían los Moreau á profusión, y no necesitaban comprar nada más que la carne, los vinos y los demás frutos coloniales exigidos por su vida de príncipes. La hija del jardinero amasaba. Finalmente, hacía ya algunos años que Moreau pagaba á su carnicero con los cerdos que le sobraban después de guardar los necesarios para el consumo de la casa. Un día, la condesa, que siempre se portó muy bien con su antigua camarera, le regaló como recuerdo una pequeña calesa de viaje pasada de moda, que Moreau hizo repintar, y en la que se paseaba su mujer sirviéndose de dos buenos caballos, que se utilizaban también para los trabajos del parque. Además de estos caballos, el administrador tenía el suyo de silla. Cultivaba la cantidad de terreno suficiente para alimentar á sus caballos y para ocupar á sus criados. Agabillaba trescientos mil haces de excelente heno y sólo daba cuenta de cien mil, fundándose en un vago permiso que decía haberle concedido el conde. En lugar de consumir este heno, vendía la mitad. Las aves del corral, el palomar y las vacas se mantenían á expensas del parque; pero el estiércol de la cuadra servía para los jardines del palacio. Cada uno de sus robos tenía su correspondiente excusa. La señora estaba servida por la hija de uno de los cocineros, que hacía de camarera y de cocinera á la vez. La hija del mozo encargado del ganado y del corral también ayudaba en la casa. Finalmente, Moreau había tomado á su servicio á un soldado licenciado llamado Brochón, el cual daba el pienso á los caballos y hacía los recados.

En Nerville, en Chauvvy, en Beaumont, Maffliers, Preroles, en Nointel, en todas partes era recibida la hermosa administradora por personas que no conocían ó fingían ignorar su primera condición. Moreau hacía por su parte muchos favores. Molestaba á su amo para cosas que no tienen importancia ninguna en París, pero que la tienen inmensa en el interior de los campos. Después de haber hecho nombrar el juez de paz de Beaumont y el de Isle-Adam, aquel mismo año había impedido la destitución del guarda general de bosques y obtenido la cruz de la Legión de Honor para el sargento de Beaumont. Así se comprende que no se celebrase nunca fiesta alguna entre la clase acomodada sin que estuviesen invitados á ella el señor y la señora Moreau. Después de haber obrado así en un sitio, es muy difícil que la gente no le considere siempre á uno como excelente persona.

Bonita y melindrosa como todas las camareras de gran señora, quienes, después de casadas, imitan á sus amas, la administradora era la encargada de importar las nuevas modas en el país; llevaba zapatos muy caros y no iba á pie más que cuando hacía buen tiempo. Aunque su marido no le concedía más que quinientos francos para alfileres, esta suma es enorme en el campo, sobre todo cuando se emplea bien; de suerte que la administradora, rubia y fresca, de unos treinta y seis años de edad, linda, esbelta y graciosa, á pesar de haber tenido tres hijos, se las echaba aún de joven y se daba aires de gran princesa. Cuando la veían pasar en su calesa hacia Beaumont y algún extranjero preguntaba: «¿Quién es esa señora?», la Moreau se ponía furiosa cuando algún hombre del país respondía: «Es la mujer del administrador de Presles». Le gustaba que la tomasen por la dueña del palacio. En las aldeas por donde pasaba se complacía en proteger á la gente como si fuese una gran dama. La influencia de su marido sobre el conde, tantas veces demostrada, impedía á la clase media burlarse de la señora Moreau, la cual era considerada por los aldeanos como un gran personaje. Estela (pues así se llamaba), no se mezclaba para nada en los asuntos de la administración, y hasta los cuidados de la casa dejaba á cargo de su marido. Confiada en sus medios, estaba muy lejos de sospechar que aquella encantadora existencia, que duraba hacía ya diez y siete años, pudiese nunca verse amenazada; sin embargo, al saber la resolución del conde

relativa á la restauración del palacio de Presles, se sintió atacada en sus goces más íntimos y había determinado á su marido á que se entendiese con Leger, á fin de poder retirarse á Isle-Adam. Hubiera sufrido demasiado al volver á encontrarse obligada á soportar una dependencia casi doméstica en presencia de su antigua ama, que se hubiera burlado de ella al verla establecida en aquel pabellón imitando la existencia de una mujer distinguida.

La causa de la profunda enemistad que reinaba entre los Reybert y los Moreau provenía de una burla hecha por la señora de Reybert á consecuencia de un chisme que se había permitido la señora del administrador á la llegada de los Reybert, á fin de que esta mujer, apellidada Corroy, no atentase á su supremacía. La señora Reybert había recordado ó hecho saber á toda la comarca la primera condición de la señora Moreau. La palabra ¡camarera! voló de boca en boca. Las gentes que en Beaumont, en Isle-Adam, en Maffliers, en Champagne, en Nerville, en Chauvvy, en Baillet y en Moisselles tenían envidia á los Moreau, comentaron tan bien la nueva, que más de una llama de este incendio debió ir á parar á casa de los Moreau.

Hacía ya cuatro años que los Reybert, excomulgados por la bella administradora, eran objeto de tanta animadversión por parte de los partidarios de los Moreau, que su permanencia en el país se hubiese hecho insoportable á no haber sido por el pensamiento de venganza que los sostuvo hasta esta fecha.

Los Moreau, que estaban en muy buenas relaciones con Grindot, el arquitecto, habían sido avisados por éste de la próxima llegada de un pintor encargado de acabar las pinturas de adorno del palacio, cuyos principales techos habían sido pintados por Schinner. Para las esquinas, arabescos y demás accesorios, el gran pintor había recomendado al viajero que había llegado acompañado de Mistigris. Por esta razón hacía ya dos días que la señora Moreau esperaba impaciente la llegada del pintor. Un artista que tenía que ser huésped suyo durante algunas semanas exigía algunos preparativos. Schinner y su mujer se habían alojado en el palacio, en donde, siguiendo las órdenes del conde, habían sido tratados como Su Señoría en persona. Grindot, huésped de los Moreau, mostraba tanto respeto al gran artista, que ni el administrador ni su mujer se atrevieron á familiarizarse con